

Aproximaciones al desarrollo: Primera Parte*

OCTAVIO GROPPA

A medida que la sociedad se hace más grande y más compleja, es más exigente la formación requerida para hacer posibles una libertad plenamente responsable. Además de la ignorancia y de la incompetencia hay que contar con la alienación y la ideología. Los egoístas encuentran fallas en las estructuras sociales y las explotan para aumentar su propia participación en los bienes particulares y disminuir la de los demás. Los grupos exageran la magnitud e importancia de su contribución a la sociedad. Constituyen un auditorio dispuesto a dar crédito a una ideología que justifique su comportamiento ante la opinión pública. Si triunfan con su falacia, el proceso social se distorsiona. Lo que es bueno para este o aquel grupo es considerado, equivocadamente, como bueno para todo el país o para toda la humanidad, mientras que se pospone, o se mutila, lo que es verdaderamente bueno para el país o para la humanidad. Aparecen clases más ricas y clases más pobres, y las ricas se enriquecen cada vez más, mientras las pobres languidecen en la miseria y las privaciones. Finalmente, la gente práctica se guía por el sentido común. Vive sumergida en lo particular y lo concreto. Influye poco en los grandes movimientos o en las tendencias que se realizan a largo plazo. No está dispuesta en absoluto a sacrificar su ventaja inmediata a favor del bien inmensamente mayor de la sociedad a la vuelta de dos o tres décadas.

B. Lonergan, *Método en teología*

Esta extensa cita del teólogo B. Lonergan liga de manera formidable las perspectivas científica y moral en relación con el desarrollo. Se explica allí que el

estancamiento y polarización de las sociedades se debe a las estructuras sociales, a las ideologías que las justifican y, en última instancia, al egoísmo que se encubre en ideologías para justificar dichas estructuras - las que, a su vez, lo han conformado-. La estructura alienante termina obturando el progreso y la autotranscendencia de personas y sociedades por fallos en la atención a los datos de la realidad, a su interpretación, a la razonabilidad de ésta y/o a la responsabilidad que decide qué interpretación y qué caminos a seguir son los correctos (Lonergan, [1973] 1994: 59-60). Es necesaria, por tanto, una perspectiva teórica abierta para no ser presa fácil de los propios intereses de los investigadores. Teniendo como trasfondo esta perspectiva básica pretendo fundar las reflexiones que siguen en torno al desarrollo.

Muchos fueron los modos de abordar la cuestión a lo largo de la historia, desde la alta teoría del desarrollo a mediados del siglo pasado hasta la actual teoría del crecimiento a la que redujo el problema la teoría neoclásica. Sin embargo, aun cuando muchos de los modelos elaborados en el seno de esta escuela sean válidos en el marco establecido por sus supuestos, actualmente ella está siendo objeto de numerosas críticas: desde otras posiciones dentro de la propia economía (Sen, Stiglitz), desde la psicología (Kahneman), desde la sociología económica (Granovetter, Etzioni), por citar sólo algunos de los casos más notorios. El punto de debate se centra en la relación entre teoría y praxis.

A pesar de todo, el paradigma neoclásico sigue prevaleciendo como el único modelo total, sin fisuras. La pregunta que surge entonces es: ¿habrá que esperar la construcción de otro paradigma económico que supere las críticas, pero que continúe siendo totalizante? En tal caso se presenta otra cuestión, y es la siguiente: ¿no subsiste en la raíz de esta manera de pensar el supuesto del “imperialismo de la economía” (Tullock)? ¿No tendremos los economistas que comenzar a acostumbrarnos a la tarea interdisciplinaria junto con otros científicos de las ciencias sociales y humanas? ¿Cuál debe ser la relación entre los razonamientos deductivos, propios de la *ciencia económica*, y los más inductivos, que toman como punto de partida los diversos contextos históricos? El debate entre economistas *clásicos* e *históricos* está lejos de haber sido superado.

Éstas son algunas cuestiones que sobrevienen a quien intenta imaginar cómo debiera ser el estudio del desarrollo en el futuro. En este sentido, y como fue adelantado, comienzo este escrito con una breve mirada a los distintos momentos por los que transcurrió la teoría económica del desarrollo hasta desembocar en el paradigma del crecimiento, siguiendo análisis de distintos autores y haciendo mención de algunos de los límites que éste último presenta, así como de las críticas que se le han hecho. En la segunda parte expondré una breve introducción -sin pretensión de exhaustividad- a algunos desafíos que hacen frente hoy a la teoría del desarrollo y a varios de los paradigmas que se presentan como aportes para quitar al estudio del desarrollo de las sociedades el corsé economista y abrirlo a la interdisciplinariedad, de manera de dotarlo de nueva fuerza para coadyuvar a la transformación de la realidad.

1. Debates sobre el desarrollo

1.1. Fases en la teoría

La teoría del desarrollo atravesó diversas etapas a lo largo de la historia. Si bien se

puede decir que la temática significó la preocupación básica de los economistas clásicos, con la evolución y especialización de la teoría económica pasó a ser un campo específico hasta -según algunos autores- virtualmente desaparecer. En los párrafos que siguen haremos un sobrevuelo por las principales fases en este campo de la teoría, desde su punto culminante a mediados del siglo pasado hasta la época reciente. La división por décadas, por supuesto, no es estricta.

Apogeo en torno a los 50

Quizá, el problema básico del desarrollo económico sea el reconocimiento de las fuentes de externalidades positivas. A lo largo del siglo XX, la teoría ha experimentado al respecto notables cambios. Los variados contextos sociales, culturales y políticos han originado corrientes que enfatizaron uno u otro aspecto como motor. Así, a comienzos del siglo XX, se atribuía a los recursos naturales la principal fuente de desarrollo (Hirschman, [1958] 1961). Durante la posguerra y la aplicación del Plan Marshall en Europa, la teoría se centró en la necesidad de acumulación de capital para el crecimiento. Surgieron entonces modelos como el de Harrod-Domar (respectivamente, años 1947 y 1948) o el de Solow (1957). Meier (2001b) destaca que otros modelos de estrategia de desarrollo también se han concentrado en la acumulación de capital: los “estadios de crecimiento” de Rostow, el “crecimiento equilibrado” de Nurkse, las economías externas y el “empujón” (*big push*) de Rosenstein-Rodan, y aún, según este autor, las hipótesis de Prebisch, Myrdal y Singer acerca de los términos del intercambio y la sustitución de importaciones, entre otros. La consecuencia de estos análisis era que las sociedades no desarrolladas tenían mercados frágiles, de manera que se volvía necesaria cierta coordinación central de la distribución de los recursos. El Estado se convertía así en un “agente principal del cambio” (Meier, 2001b: 14-15). A esta etapa pertenece también la teoría del desarrollo dualista

(Lewis), que parte de la existencia de dos sectores, uno tradicional y otro moderno, y plantea que el primero tenderá a desaparecer como efecto del “derrame” y las migraciones consecuentes. Una vez más, la expansión del sector moderno dependerá del grado de formación de capital (Kuhnen, 1986-1987). La conclusión depende en este trabajo del supuesto de oferta de mano de obra virtualmente infinita para el sector tradicional, que hace de ambos sectores complementarios y no sustitutos (Krugman, 1993). Mención aparte merece Hirschman, quien, desconfiado de los “grandes relatos” y explicaciones abstractas en la materia, plantea la necesidad de reconocer los rasgos culturales y la situación histórica de cada caso a la hora de pensar estrategias de desarrollo, de manera que éstas sean factibles y puedan dar fruto en el largo plazo. En clara diferencia con Schumpeter ([1912] 1967), quien por suponer pleno empleo excluía de su definición de desarrollo la incorporación de factores inutilizados, según Hirschman, en las economías poco desarrolladas “el desarrollo no depende tanto de saber encontrar las combinaciones óptimas de recursos y factores de producción dados, como de conseguir [...] aquellos recursos y capacidades que se encuentran ocultos, diseminados o mal utilizados” (Hirschman, [1958] 1961: 17). En este sentido, el subdesarrollo se debería más a la falta de habilidades empresariales -producto de factores culturales e institucionales- que a la escasez de capital. Un crecimiento desequilibrado supliría dicha carencia (por ejemplo, promoviendo la sustitución de importaciones en determinados sectores estratégicos; Kuhnen, 1986-1987). No obstante la pretendida reacción a los modelos de crecimiento equilibrado, para Krugman (1993) la propuesta de los eslabonamientos anteriores y posteriores de Hirschman todavía depende de las externalidades pecuniarias, lo que la ubicaría cerca de los planteos de Rosenstein-Rodan o Nurkse.

Quiebre en los 60: desarrollo como crecimiento

Krugman (1993) reconoce una línea divisoria en las investigaciones en torno al año 1960. Antes de esta fecha, los estudios consideraban que las economías de escala eran un factor limitante para el establecimiento de industrias rentables en los países en desarrollo, situación que dejaba disponibles significativas economías externas monetarias para el bienestar. En otras palabras, la pequeña escala volvía poco rentable el establecimiento de determinadas industrias. Así se pretendía justificar la protección de aquellas consideradas estratégicas por parte del Estado. Para este autor, la razón principal que condujo a un desinterés por estas explicaciones se debe a una inadecuada formalización de las teorías sobre mercados imperfectos en el contexto de una disciplina que se formalizaba de manera creciente.² Alrededor de dicha época, en cambio, los economistas -salvando el caso mencionado de Hirschman- comenzaron a modelar el desarrollo con rendimientos constantes a escala (Solow, Swan). Ello supone mercados de competencia perfecta, con lo cual dejaron de lado la preocupación anterior. Por otra parte, al terminar haciendo depender el crecimiento de la tecnología -definida como factor exógeno- estos modelos fracasaban a la hora de dar una explicación al crecimiento. Además, el avance tecnológico genera externalidades positivas y, por tanto, rendimientos crecientes, lo que es incompatible con el supuesto de competencia perfecta que subyace al modelo neoclásico (Barro y Sala-i-Martin, 1999: 10-11).

No obstante, hubo también fallas de orden práctico, dado que la industrialización forzada derivó en industrias ineficientes, por lo que tampoco aportaron demasiado al desarrollo. Aquella carencia se habría debido a la imposibilidad de compatibilizar las economías de escala con una estructura competitiva de mercado (Krugman, 1993: 27). A estos límites mencionados habría que agregar el efecto corrosivo de la alta inflación -consecuencia de políticas fiscales y monetarias poco sanas- y las complejas regulaciones administrativas, fuentes de serias ineficiencias y corrupción (Krueger).

El callejón sin salida en el que se había encerrado la teoría del crecimiento -la afirmación de la tecnología como fuente y su introducción en modelos de competencia perfecta- la sumió en un letargo de unos quince años. Las investigaciones sobre el desarrollo se bifurcaron hacia otras ramas, incluyendo los estudios sobre pobreza, que cobraron vigor en los años 70. Así tuvieron lugar perspectivas con variadas acentuaciones, algunas de las cuales fueron contemporáneas y otras sucesivas. Sus nombres son elocuentes: “creación de empleo, trabajos y justicia, redistribución con crecimiento, necesidades básicas, desarrollo desde la base, desarrollo participativo, sostenible, pro mercado, desarrollo como liberación, como liberalización, como libertad, desarrollo humano”, etc. (Streeten, 2003: 68). El enfoque en el *empleo* trajo aparejadas nuevas dificultades. La definición del concepto en los países industrializados quedaba demasiado estrecha para analizar la problemática en los no industrializados, donde una amplia proporción sobrevive a expensas del mercado informal. Esto se volvía evidente en casos donde se combinaban escasez de mano de obra, subutilización del capital y desempleo (Streeten, 2003: 71). Así se pasó, con el auspicio del Banco Mundial, a atender la cuestión de la *distribución del ingreso*. La pregunta implícita que motivaba el viraje era si las medidas convencionales de desarrollo no implicaban un sesgo contra los pobres. Pero este enfoque tampoco podía ser totalizante. Su límite radica en el grado de abstracción que supone: los quintiles o deciles de ingreso no representan a ningún grupo concreto, de modo que no ofrece información útil a una tarea de política que apunte a mejorar la situación de algún grupo que presentara una particular desventaja y que requiriera un tratamiento peculiar (Streeten, 2003: 72). El estudio de la distribución del ingreso, como su nombre lo indica, sólo brinda información sobre el todo. Como cualquier análisis de una distribución estadística, los predichos recaen sobre el universo y no

sobre algunas de las partes. En este contexto, la aparición del enfoque de las *necesidades básicas* significó una apuesta de retorno a lo concreto. Según esta perspectiva, el aumento en los ingresos es insuficiente para salir de la pobreza. Se pasaba así del campo de los medios al de los fines. El desarrollo no es una cuestión de recursos. Ahora, paralelamente, un mayor grado de concreción implicaba una mayor desagregación y dispersión de indicadores. Poco a poco, las ideas fueron estrechándose más, llevando a “identificar grupos de individuos y familias desposeídos: mujeres, niños menores de cinco años, ancianos, jóvenes con necesidades específicas, grupos raciales objeto de discriminación, comunidades en regiones distantes y descuidadas” (Streeten, 2003: 73). Sin embargo, también este concepto iba a ser piedra de escándalo: los países del sur acusaban a los del norte de utilizar la teoría para disminuir la ayuda internacional o para no avanzar hacia el libre comercio con el argumento de la focalización de políticas, una vez reconocido el objetivo.³ Dicho modo de encarar la cuestión, por otra parte, daba al Estado demasiado poder en la definición y “solución” del problema, en la medida en que no incorporaba la participación e iniciativa de los propios interesados, sino que éstos eran pensados desde una actitud pasiva, simples objetos de la ayuda. Con la ola democratizadora en los años 80 creció la demanda de participación, a la vez que se incorporaron nuevas preocupaciones al diálogo en torno al desarrollo: “el rol de las mujeres (y los niños), el ambiente físico, población, habitabilidad, derechos humanos, libertad política y gobernabilidad, empoderamiento, corrupción, el desperdicio del gasto militar y el «dividendo de la paz», y el rol de la cultura entre ellos” (Streeten, 2003: 75).

Nueva teoría del crecimiento en los 80

Al margen de los planteos anteriores, en la segunda mitad de la década del 80, y continuando la perspectiva macroeconómica, surge la “nueva teoría del crecimiento” (Romer, Lucas). Esta teoría ya no concebía

al progreso tecnológico y, por ende, el crecimiento, como producto de factores exógenos, de modo que superaba algunos de los obstáculos que la habían obturado años antes. El cambio tecnológico pasa a ser endógeno al modelo. El objeto será ahora encontrar la vinculación entre la productividad total de los factores (TFP, por sus siglas en inglés), definida como el residuo no explicado del aporte hecho al producto por los factores trabajo y capital, y las economías externas. Los casos mencionados que explicarían tal relación son el conocimiento, la educación, el aprendizaje laboral (*learning-by-doing*) o la investigación y desarrollo (I&D). El *capital humano* será la primera fuente de estas externalidades positivas.

En suma, si años atrás el acento se ponía en el capital físico, la concentración de la acumulación de este capital más la incapacidad de muchas economías de encontrar el sendero del crecimiento hizo reconocer la necesidad de considerar también el capital humano, de manera de incrementar la TFP. El fracaso de las estrategias desarrollistas condujo a una fuerte revisión y crítica, por lo que el blanco de los ataques terminó siendo el mismo que antes se había enarbolado como factor fundamental del desarrollo: el Estado. La teoría se concentrará entonces en la necesidad de remover las “distorsiones” en el sistema de precios y en desarrollar políticas “correctas”, esto es, que no interfieran en el sistema de incentivos determinado por el mercado. Para esta corriente, las diferencias entre países no se explican por las condiciones iniciales, sino por las diferentes políticas que aplican. La teoría del desarrollo económico se redujo entonces a un campo aplicado de la racionalidad económica (Meier, 2001b: 17). En consecuencia, las investigaciones pasaron de tratar con “modelos altamente agregados a microestudios desagregados, en los cuales las unidades de análisis fueron las unidades de producción y los hogares” (Meier, 2001b: 18). Por esta razón Krugman (1993) considera que la “alta teoría del desarrollo” es un campo de estudio que ya no existe más, dado que, para él, la nueva teoría del crecimiento ha cambiado

la pregunta: ahora le interesa explicar la persistencia del crecimiento, antes que cómo éste comienza.⁴ El factor determinante será la asignación del capital, antes que su acumulación o que la tasa de ahorro de la economía.

En la última década, diversos investigadores de esta corriente estudiaron la relación entre desigualdad y crecimiento, poniendo a prueba, por ejemplo, el modelo de Kuznets, que predecía un incremento en la desigualdad en las primeras fases del desarrollo seguido de una disminución, “dibujando” una trayectoria entre el nivel de desigualdad y el crecimiento con forma de U invertida. Por su parte, la Nueva Economía Institucional (North, Buchanan) también sostiene que los agentes económicos actúan a partir de incentivos, señalando que la estructura de incentivos depende del marco institucional de la sociedad. Así fueron abriendo la teoría a cuestiones extra-económicas, como la democracia, el capital social o, incluso, la religión, aun cuando sólo las incorporan instrumentalmente, esto es, en la medida en que afecten al crecimiento de algunos países (Bénabou, 1996; Barro, 2000, 2002).

1.2. Otras miradas a la evolución del pensamiento sobre el desarrollo

Con todo, las teorías que se apoyaron en una sola dimensión o variable para explicar el desarrollo económico nunca alcanzaron un elevado grado de predictibilidad. Es fácil encontrar contraejemplos que dan por tierra con la generalidad de estas teorías (Streeten, 2003: 76). La tendencia a los análisis simples en materia de desarrollo, que se asientan sobre una causa fundamental para explicar el subdesarrollo fue criticada no sólo por Hirschman, sino también por otros autores, como I. Adelman (2001). En sintonía con Streeten, esta economista señala que el contenido de la explicación puede variar: el capital físico fue quizá la primera tendencia, que predominó a partir de los años 40; el factor empresarial fue la explicación encontrada por los *schumpeterianos*; en los años 70, la clave fueron los

precios relativos inadecuados; en los 80, el comercio internacional, pero también comenzó a emerger la argumentación que veía a la hiperactividad de los gobiernos como causantes del retraso; en los 90, el factor principal será el capital humano y, hacia finales de la década, los gobiernos ineficaces. En cualquier caso, señala la autora, el esquema de pensamiento es monocausal. En cambio, ella enfatiza que la historia ha demostrado que “el proceso de desarrollo económico es altamente no lineal y multifacético” (Adelman, 2001: 104). Las interacciones entre las instituciones económicas, sociales y políticas varían en función del nivel de desarrollo socioeconómico (Adelman, 2001: 118).

Otra interpretación sobre la evolución del pensamiento del desarrollo nos la ofrece Kanbur (2003). Este economista sugiere que hubo en los últimos treinta años una fase de gran “fermento conceptual”, que abarcó desde los años 70 hasta entrados los 80, seguida de una fase de consolidación, aplicación y debate de políticas, que va desde mediados de los 80 hasta fin de siglo. Ahora nos encontraríamos en el comienzo de una nueva fase de desarrollo conceptual, en el que temáticas ausentes en los debates comienzan a ser incorporadas. Entre ellas destaca la incorporación de la extensión de la vida en los estudios de pobreza, la economía de la conducta (*behavioral economics*), del desarrollo y distributiva, así como la manera de integrar la multidimensionalidad de la pobreza y la desigualdad.

En esta línea se puede ubicar el enfoque de las capacidades de A. Sen, que derivará en el concepto de *desarrollo humano*, y que supuso una superación del enfoque de las necesidades básicas (*v. infra*).

1.3. Desarrollo y contextos socioculturales

Lo que ninguna de las corrientes dedicadas al crecimiento económico -ni la que se concentra en el capital humano, ni la que lo hace en la tecnología- ha logrado explicar hasta ahora es el movimiento de la TFP. En la década pasada, Putnam (1993) propuso

al *capital social* como factor clave en el desarrollo de las sociedades (*v. infra*). La cooperación, la confianza, la reciprocidad, son actitudes que generan externalidades positivas y contribuyen a disminuir los costos de información y de transacción, por citar sólo un par de ejemplos. Con todo, se trata de un campo controversial que merece mayor profundización teórica y empírica.

El desarrollo no puede, por tanto, desatender los factores culturales e institucionales. De esta proposición se sigue, tal como apuntaba Hirschman, que habrá estilos de desarrollo histórica y culturalmente situados. No es posible pensar en un único modelo de desarrollo al cual deban atenerse todas las culturas y épocas. Esto se deduce también si se atiende al grado de especialización inédito que han alcanzado las investigaciones en la materia. La confrontación de la teoría con las experiencias en diversos países ha conducido incluso a una fragmentación de los análisis que vuelve difícil su integración en una gran teoría unificadora. La complejidad de la realidad y el abigarrado espectro de culturas (con sus costumbres, normas sociales, instituciones, grupos de interés, etc.) revelan que una aproximación al desarrollo que extrajera conclusiones exclusivamente a partir del estudio de variables económicas sería, además de inexacta, ideológica, al encubrir su carácter prescriptivo en proposiciones con pretensión de objetividad científica. En consecuencia, la teoría del desarrollo debería ampliar su perspectiva, incorporando elementos que eran anteriormente objeto de estudio de otras disciplinas, o mejor, abriéndose a la interdisciplina.

En lo que hace al estudio de la situación en los países del denominado Tercer Mundo, donde los mercados son imperfectos -frecuentemente oligopólicos, y en los que, además, existe asimetría de información-, donde el conflicto social o incluso étnico es el cuadro cotidiano y donde se da una gran fragilidad institucional, pero donde, también, el acervo de la tradición cultural y religiosa puede estar muy vivo, plantear las propuestas de desarrollo desde el modelo teórico elaborado a partir de las prácticas de las sociedades que han alcanza-

do un alto grado de desarrollo económico constituye una empresa destinada al fracaso. En efecto, no debe olvidarse que toda teoría social parte de unas prácticas situadas histórica y culturalmente, esto es, de un “mundo de la vida” (Husserl, Schutz, Habermas). De tal forma, la teoría social construida en occidente responde, en buena medida, al mundo de la vida occidental y no es siempre fácilmente trasvasable a otras realidades.⁵ A menudo, teorías desarrolladas en un contexto particular son utilizadas para entender la situación de sociedades culturalmente distantes, extrañándose incluso conclusiones de política, a modo de un conjunto de recetas. En este sentido, Meier destaca que el capital humano “inapropiado” (es decir, la capacitación que reproduce los saberes desarrollados en contextos diferentes) puede ser aún más desventajoso que el capital físico inapropiado, pues aquél no puede ser desechado (Meier, 2001a: 5). Por el contrario, la adopción de políticas o estrategias que tienen en cuenta las situaciones contextuales y la participación de los afectados no sólo son más democráticas, sino que han demostrado además ser más eficaces en el largo plazo (Kliksberg, 1999).

El desarrollo económico, en la medida en que es parte del desarrollo social, ha de ser estudiado considerando el sistema social en su conjunto. Señala al respecto M. Todaro:

“Por sistema social entendemos las relaciones interdependientes entre los así llamados factores económicos y no económicos. El último incluye actitudes hacia la vida, el trabajo y la autoridad; las estructuras burocráticas y administrativas públicas y privadas; los patrones de parentesco y religión; las tradiciones culturales; los sistemas de tenencia de la tierra; la autoridad e integridad de las agencias de gobierno; el grado de participación popular en las decisiones y actividades relativas al desarrollo; y la flexibilidad o rigidez de las clases económicas y sociales. (Todaro, 1997: 12)”

Esta apertura del paradigma económico a nuevas temáticas conlleva la aparición de

nuevas disciplinas, como puede ser el caso de la socioeconomía (Etzioni, 2003; *v. infra*), y supone el desafío de abandonar el “imperialismo”. En este sentido, señala Meier:

“El énfasis en el capital social -o en la cultura, instituciones y patrones de comportamiento- debería mover la explicación del proceso de cambio hacia un empeño interdisciplinario. No sólo la economía, sino la psicología, la sociología, la ciencia política, la antropología, el derecho y la historia deben proveer respuestas en lo relativo a los orígenes de las creencias culturales y cómo ellas conducen el cambio institucional y la formación de capital social a lo largo del tiempo. (Meier, 2001b: 30)”

En suma, si se acepta que el desarrollo es un proceso multidimensional (Todaro, 1997; Sen, 2000b; Adelman, 2001), la pregunta que surge es entonces cuáles han de ser las variables que sirvan como criterio a partir del cual evaluarlo. Nos detenemos brevemente en esta cuestión.

1.4. La evaluación del desarrollo

Un punto de encendido debate teórico en los estudios de desarrollo es la cuestión de la medición. En este ejercicio, como es evidente, se juega la definición del concepto. Por ello, desde distintos ángulos se ha atacado la reducción al PBI o PBI *per capita* como medida del desarrollo o del bienestar. De la teoría de la dependencia (Prebisch, Furtado) hasta la del desarrollo humano (Sen), pasando por los estudios sobre felicidad y economía (con los trabajos pioneros de Easterlin [1974] y Scitovsky [1975]) se ha procurado ensayar medidas alternativas que superaran los límites que presenta el ingreso.⁶ En la misma década tienen lugar los estudios sobre economía, ambiente y crecimiento demográfico, en su versión europea (Meadows *et. al.*, 1972) o latinoamericana (Herrera *et. al.*, 1977), así como también el trabajo de Hirsch (1975) acerca de los límites sociales al crecimiento. Este breve elenco de miradas críticas a la teoría

del desarrollo como crecimiento económico podría completarse con las más recientes aproximaciones desde la ecología o la perspectiva de género. En síntesis, el desarrollo debe ser estudiado, como lo señaló repetidamente A. Sen, con pluralismo informativo. Fue sin duda este economista indio quien más discutió acerca de la cuestión de la medición. Su definición de desarrollo como expansión de las capacidades y libertades (Sen, 2000) ubicó en su justo lugar -el de medios- a los recursos, como son los ingresos o los bienes que las personas poseen. De tal manera son desafiadas y relativizadas medidas como el PBI a la hora de evaluar el desarrollo y el bienestar. Como es sabido, este indicador tiene numerosas falencias cuando se lo usa para tal objetivo. Basten unos cuantos ejemplos de entre los más notorios: un incremento en la producción de cigarrillos (lo que provocará a la larga mayor consumo en fármacos y gastos en salud) o de armamentos, un aumento de la burocracia estatal, la producción de bienes que dañan el ecosistema y hasta los accidentes de tránsito (que implican gastos en equipos de rescate, en salud y reparación de autos; Frey y Stutzer, 2002: 37), todos producen incrementos en el PBI.⁷ Por el contrario, actividades verdaderamente productivas (como cuidados personales o las tareas hogareñas o de voluntariado) permanecen en penumbras frente a los indicadores tradicionales de crecimiento simplemente por no tener un precio de mercado.

Sin embargo, la explosión de estas críticas no significó un obstáculo para que aún continuara vigente la visión neoclásica del crecimiento, que se reduce al PBI como criterio último de valoración.⁸ La situación se entiende si se tiene en cuenta que, del otro lado, en los intentos de medir el *estar-bien* (*well-being*), la multitud de información incorporada vuelve, si no imposible, sí fuertemente controversial su agregación en un indicador único (Gasper, 2004; Kanbur, 2004). Por otra parte, los indicadores económicos son más sensibles a los cambios que los no económicos, los cuales reaccionan con cierto retraso, y son más baratos y simples. Sin embargo, además de soslayar buena parte de la realidad económica, estos

indicadores son estáticos (Sumner, 2004). Al respecto, Sen señala que la bondad de un indicador debe evaluarse considerando las alternativas, dado que ninguno estará libre de críticas.

En definitiva, podemos distinguir dos formas polares de medir el bienestar: por un lado, la tradicional, que se limita al crecimiento del PBI, reduciendo la noción de desarrollo a lo mensurable empíricamente (aun sin poder fundamentar razonablemente esta opción con argumentos de fondo, y no meramente pragmáticos -es decir, la dificultad que importaría una medición alternativa-); por otro, la perspectiva del *estar-bien* (*well-being*), que enriquece la mirada con pluralismo informativo, pero resigna simplicidad.

1.5. Teoría contemporánea y política

Con la reducción de la teoría del desarrollo a la del crecimiento económico se verificó la pérdida de interés que despertara años antes la economía del desarrollo. En los 90, el neoliberalismo alcanzó su apogeo con la aplicación de las políticas dictadas por el denominado “consenso de Washington”. Sin embargo, dicho cóctel de medidas estuvo lejos de obtener los resultados que pretendía.⁹ Antes bien, en muchos países (como en los latinoamericanos) la situación social se agravó tanto que terminó socavando el propio crecimiento económico que se pretendía apuntalar. Hoy son reconocidas muchas de las falencias de dicho “consenso” (por ejemplo, la falta de atención a la dinámica social y política, o a la corrupción).¹⁰ Es necesario, por tanto, avanzar hacia análisis más complejos, menos infestados de miradas ideológicas (Meier, 2000a: 6), y superar el modelo de equilibrio competitivo (Stiglitz, 2001) que se ha mostrado inadecuado para pensar la realidad de las economías del Tercer Mundo.

Stiglitz (1998) propone que más que hablar de planes de desarrollo es mejor hacerlo en términos de estrategias. Las *estrategias* de desarrollo apuntan a una transformación de la sociedad, reconociendo

do sus ventajas comparativas dinámicas, pero también haciendo hincapié en los aspectos procedimentales, como la participación y la consecuente apropiación de las políticas. Como se basan en un amplio espectro de información, son más difusas que un plan trazado a partir de unas pocas variables mediante las cuales se pretende explicar la realidad. Las estrategias no pueden desconocer las singularidades de los distintos contextos. Lo contrario podría derivar en que una misma medida generara resultados diversos. De aquí la importancia de incluir en el análisis del desarrollo y la pobreza temáticas como el capital social, la cultura o las instituciones. Para ello se requiere incorporar información específica, generalmente dejada de lado en los estudios de pobreza. Como fue mencionado, la tarea mentada sólo puede llevarse a cabo mediante enfoques interdisciplinarios (Harris, 2002).

Otro exponente de la política de las estrategias, D. Rodrik (2005), sostiene que es preciso hacer lugar a “políticas de desarrollo que se alejan de las ortodoxias dominantes del momento”, por ejemplo, en aquellos países en los que existen profundas divisiones sociales, los que, según su parecer, tienen una mayor dificultad para hacer frente a los *shocks* internacionales. En este sentido, el fracaso de las políticas de sustitución de importaciones implementadas en Latinoamérica en la década del 60 y principios de los 70 se debería a este rasgo extraeconómico. Tal como lo afirman los autores de la corriente de la *socioeconomía* (*v. infra*), Rodrik tiene presente que el mercado está imbricado en un conjunto de instituciones ajenas a él. Al respecto, cree que es posible reconocer algunas que le sirven de sostén. Menciona: a) un razonable respeto a los *derechos de propiedad* (aun aceptando que puedan ser acotados en función de un objetivo público mayor); para su vigencia no es suficiente la ley, sino que se requiere también la costumbre y la tradición; b) instituciones *regulatorias*, más necesarias cuanto más libre es el mercado; c) instituciones de *estabilización económica*, que dependen de la historia del país (un ejemplo puede ser un prestamista de última ins-

tancia); d) instituciones de *seguridad social*, que procuran hacer al mercado compatible con la estabilidad social; e) instituciones de *manejo del conflicto*, que son las que canalizan la participación y la justicia.¹¹

Una estrategia de desarrollo supone distintos niveles en los cuales se manifiesta, desde el sector privado, el público, el desarrollo de las comunidades, las familias y, finalmente, de los individuos (Stiglitz, 1998: 24-27). Se amplía así la definición de desarrollo entendido meramente como acumulación de capital físico y humano. Por tanto, su definición debería considerar no sólo la perspectiva de los grandes agregados -macroestructural-, sino incluso el nivel local, los *desarrollos* peculiares al interior de un gran marco, las instituciones, así como el impacto sobre las subjetividades, tal como puede ser estudiado en las investigaciones sobre bienestar subjetivo. Distintas corrientes de pensamiento están actualmente procurando abordar estas temáticas. Una revisión de ellas será el objeto de la segunda parte de este trabajo.

* Este artículo cuya primera parte publicamos aquí fué presentado como Documento de trabajo en el Instituto para la Integración del Saber de la Universidad Católica Argentina. La segunda parte será publicada en el próximo número.

El autor agradece los valiosos comentarios realizados por Ernesto O'Connor a una versión previa de este escrito

² Con todo, como es obvio, valdría preguntarse si la sola formalización conduce a un mejor conocimiento de la realidad y si tal derrotero teórico, cuando se vuelve único y total, no tiene ya fuertes supuestos epistemológicos. En esta línea se encuentra una de las críticas que realiza Stiglitz al artículo citado de Krugman. La formalización es importante, pero sólo para realizar debates más concisos y para formular preguntas más precisas y útiles (Stiglitz, 1993: 41).

³ Hoy puede ocurrir lo mismo con el enfoque de las capacidades de Sen y su aplicación en programas focalizados.

⁴ Distinta es la postura de Stiglitz (1993).

⁵ Quizá, nadie mejor que Albert Hirschman haya profundizado en esta visión del desarrollo. Este autor previene contra los “atajos” de teorías abstractas que son inválidas para otros contextos (Hirschman, [1958] 1961: 39). Para una breve síntesis de algunos rasgos de su pensamiento puede consultarse Santiso (2000).

⁶ Para un desarrollo contemporáneo de medidas correctivas, véase el proyecto “Redifining Progress” (Venetoulis y Cobb, 2004).

⁷ En este sentido, Hirschman señala que la ventaja del capitalismo sobre la organización económica medieval radica en que “libera” al empresario de la internalización de las deseconomías externas que impone el progreso tecnológico sobre el resto de la sociedad (desempleo, contaminación). La función de los gremios era hacer que dichos costos fueran asumidos por los empresarios (Hirschman, [1958] 1961: 65-66), lo que generaba magras rentabilidades e ineficiencia global.

⁸ Se trata de un buen ejemplo de la interrelación entre la política y la academia. El ascenso de los gobiernos conservadores en los 80 fue fundamental para la expansión de estas teorías. Por otra parte, la teoría neoclásica, que afirmaba la escasez de capital en las economías subdesarrolladas como causa de su retraso, venía proveyendo desde años antes el soporte “científico” necesario para las “ayudas” al desarrollo por parte de los organismos internacionales (y sus consecuentes “condicionalidades”) (Todaro, 1997: 74). En la misma línea, Krugman sostiene que “es injusto culpar a los economistas occidentales por más que una pequeña fracción de este fracaso [el del desarrollo de los países subdesarrollados] pero [...] las ideas de la economía del desarrollo fueron demasiado a menudo usadas para

justificar políticas que en retrospectiva impidieron el crecimiento antes que haberlo fomentado. Donde sí hubo un rápido crecimiento económico, esto ocurrió en modos que no fueron anticipados por los teóricos del desarrollo” (Krugman, 1993: 26).

⁹ Aducir que no se aplicó como se debería haber hecho sería un razonamiento similar al que esgrimían ciertos marxistas respecto del socialismo real. En cualquier caso, existe un problema de lectura de la realidad, a la cual se la pretende encasillar en conceptos definidos *a priori*. En este mismo sentido, Rodrik (2004: 7) señala que el consenso es no falsable (es decir cerrado a la posibilidad de una refutación, por lo que no cumple con la condición del conocimiento científico de Popper), habida cuenta de la existencia de un consenso de Washington “ampliado”, que pretende incorporar elementos dejados fuera en el primero (Williamson, 2004). El año último, un grupo de economistas reunidos en el Fórum Barcelona hicieron un examen crítico del consenso y elaboraron una nueva agenda para el desarrollo. Véase [www.barcelona2004.org].

¹⁰ Las comillas se deben a que, en rigor, no se trata de un consenso en sentido estricto, pues de él no participan todos los afectados, que es la condición que pone la ética del discurso. Más bien habría que hablar de “plan” o “programa”.

¹¹ Rodrik critica al “consenso de Washington” su carácter tautológico: las instituciones que exigía eran las propias de una economía ya desarrollada (Rodrik, 2004: 6). El argumento es idéntico al que esgrimía Hirschman frente a las teorías del crecimiento equilibrado. Este autor sostenía que fracasaban como teorías del desarrollo, precisamente, porque el crecimiento “equilibrado” supone una economía desarrollada (Hirschman, [1958] 1961: 59).